



Capítulo 225 - Un héroe vino a salvarlo.

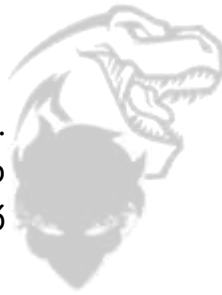
No terminó la frase. Porque antes de que pudiera parpadear, Vergil ya estaba frente a él. Demasiado rápido. Demasiado violento.

El impacto se produjo sin previo aviso.

El silencio se rompió en un instante.

Sus brazos chocaron.

La Basílica de San Pedro tembló cuando la onda expansiva atravesó los muros. Virgilio fue lanzado de nuevo fuera del edificio; su silueta cortó el aire como un meteoro antes de estrellarse contra el suelo. El mármol sagrado se quebró bajo sus pies, pero no cayó.



Su absurda regeneración, su presencia demoníaca, lo convertían en una entidad que no podía ser simplemente aplastada.

Sobre él, flotando como un ave rapaz, estaba Alejandro. Su abrigo ondeaba al viento, cargado de electricidad, y en sus manos, bayonetas santificadas brillaban con un resplandor letal. Sus ojos estaban llenos de fervor divino, y una sonrisa frenética le hendía el rostro.

Vergil se limpió una gota de sangre de la comisura de los labios y rió entre dientes. «Interesante».



Alejandro descendió en un destello de luz. Virgilio alzó su espada en el último instante, bloqueando la hoja sagrada con un estruendo ensordecedor que resonó por todo el Vaticano. El impacto los hizo resbalar hacia atrás, pero solo por un instante. Luego, volvieron a arremeter el uno contra el otro, creando una tormenta de chispas y ondas de choque con cada choque de sus armas.

¡CLAANG! ¡CLAANG! ¡CLAANG!

Vergil se movía como un espectro; sus golpes eran precisos, refinados, letales. Cada corte de su espada apuntaba a terminar la pelea al instante. Pero Alexander... no era humano. No importaba cuántas veces Vergil lo cortara, se regeneraba al instante. Las heridas profundas se sellaban en cuanto aparecían, mientras las bayonetas pululaban en todas direcciones, obligando a Vergil a saltar, esquivar y adaptarse.

"¿Sabes qué me encanta de monstruos como tú?", rugió Alexander, disparando una ráfaga de bayonetas contra Vergil, quien desvió el ataque en el último instante. "¡Sangras como cualquier otro maldito pecador!"



Vergil entrecerró los ojos. Su velocidad aumentó. Un breve teletransporte, un estallido de sombras... y entonces, estaba detrás de Alexander, con su espada ya descendiendo para cortar la cabeza del cazador.

"Rápido..." murmuró Alexander, girando en el último instante. "¡Pero no lo suficientemente rápido!"

Una lanza de luz surgió del pecho de Alexander, obligando a Vergil a retroceder mientras la energía sagrada quemaba su piel demoníaca. Antes de que pudiera recuperarse, Alexander lo atacó de nuevo, asestando una brutal secuencia de cortes y estocadas.



La ciudad santa tembló a su alrededor. Las estructuras se derrumbaron por la intensidad de la batalla. El suelo quedó cubierto de escombros y brasas. Relámpagos negros y dorados surcaban el cielo nocturno mientras la guerra entre el Caos y la Fe continuaba sin tregua.

Vergil dio un paso atrás y rió. «Te regeneras rápido... Pero me pregunto si tu alma también».

Alexander sonrió ferozmente. "Prueba suerte, demonio".

Y así, la lucha se reanudó, más feroz que nunca. Espadas del Caos contra armas santificadas. Ira divina contra puro poder destructivo. La noche de Roma nunca volvería a ser la misma.

La risa de Vergil se hizo más fuerte, más salvaje. Alexander no supo qué lo inquietó más en ese momento: la forma en que Vergil sangraba, pero parecía imperturbable, o el brillo demencial en sus ojos carmesí.



Vergil se crujió el cuello y giró la espada en la mano. "Sabes, intento contenerme... intento actuar como un ser racional... Pero tú... me estás poniendo ansioso."

Alexander entrecerró los ojos; sus instintos le gritaban que no le diera al demonio ni un segundo de respiro. Pero ya era demasiado tarde.

Virgilio desapareció.

Por un breve instante, el mundo pareció paralizado. Entonces, una explosión de energía negra inundó la Plaza de San Pedro. Las columnas se derrumbaron, las estatuas sagradas fueron destruidas, y la luz divina que una vez inundó el Vaticano fue absorbida por una oscuridad sofocante.



Cuando Alexander reapareció, estaba incrustado en una pared, mientras su regeneración luchaba contra la destrucción absoluta que asolaba su cuerpo. Vergil se encontraba frente a él, sujetándole el rostro con una sola mano, apretando con tanta fuerza que le fracturaba los huesos inmortales.

"Hablas demasiado, sacerdote."

Con un movimiento de su muñeca, Vergil lo lanzó al cielo, teletransportándose sobre él en un instante y saludándolo con una brutal patada en el estómago, enviándolo a estrellarse contra el suelo con tanta fuerza que la tierra misma se partió.

Alexander se levantó de entre los escombros, tosiendo sangre, pero riendo. "No eres el único que se divierte, demonio".

Sus ojos ardían con llamas doradas. Su cuerpo se encendió con la energía de una fe inquebrantable. Las espadas santificadas en sus manos comenzaron a multiplicarse, formando una tormenta mortal a su alrededor.



"¡Veamos si tu poder sobrevive al juicio divino!"

Vergil extendió los brazos, su aura se expandió en un manto de oscuridad y caos. "¡Entonces júzgame! ¡Veamos quién de nosotros es la verdadera calamidad!"

Las bayonetas se precipitaron hacia él como una tempestad celestial. Vergil cargó contra ellas, sin miedo, sin pestañear. Algunas hojas lo atravesaron, pero su regeneración y furia ignoraron el dolor. Atravesó la tormenta como un depredador que desgarrar un rebaño de corderos.



Alejandro lo enfrentó en medio del caos, espada contra espada. Sus golpes se intercambiaron a una velocidad inimaginable. Las ruinas del Vaticano presenciaron un duelo tan intenso que la realidad misma pareció distorsionarse a su alrededor.

Entonces, Virgilio finalmente perdió la cabeza.

Sus ojos ardían como brasas. Su risa era pura locura. "¡Ya basta de jugar, Alexander! ¡Déjame mostrarte lo que pasa cuando un verdadero monstruo deja de contenerse!"

La oscuridad lo envolvió, su cuerpo se distorsionó en algo más grande, más grotesco. Sus ojos se multiplicaron, brazos sombríos brotaron de su espalda. Su espada palpitó con un brillo profano. Esto ya no era una lucha entre un hombre y un demonio.

Fue una batalla entre un fanático divino y el concepto mismo del caos.

Alexander intentó atacar, pero ya era demasiado tarde. Virgilio lo agarró, clavándole sus garras negras en el pecho. «No eres más que un perrito ladrando a la luna, sacerdote».

Lo levantó en el aire. "Ahora cállate y desaparece".

Con un movimiento brutal, Virgilio partió a Alejandro por la mitad.

La sangre se derramó en torrentes divinos y profanos, abrasando la tierra, abrasando el aire. Pero Virgilio rió. Rió como un dios que acaba de aplastar a un insecto incómodo.





El silencio cayó sobre Roma como un sudario.

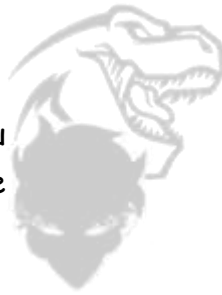
"Fue divertido..." Vergil se humedeció los labios, saboreando el aroma metálico de la sangre que flotaba en el aire. Su mirada carmesí recorrió las ruinas del Vaticano antes de posarse en los aterrorizados supervivientes. Esbozó una sonrisa mordaz. "¿Quién sigue?"

El Papa intentó hablar, pero nunca tuvo oportunidad.

En un abrir y cerrar de ojos, Vergil ya estaba frente a él.

Su mano se cerró alrededor del cuello de Adrián como un grillete de hierro. El Papa jadeó, mientras sus frágiles manos luchaban en vano por liberarse.

—Vaya, vaya... —Vergil ladeó la cabeza, como un depredador saboreando su victoria—. Ya he derrotado a dos de tus generales... Ahora, ¿qué tal si me cuentas exactamente cuáles eran tus planes para esos niños?



Los ojos de Adrian se abrieron de par en par. Su boca se abrió en un jadeo ahogado, buscando aire... o tal vez intentando inventar una excusa.

Pero antes de que pudiera reaccionar...

iiiFWOOSH!!!

Algo cortó el aire como un rayo y se dirigió hacia él a una velocidad absurda.

Virgilio lo sintió en el último momento.



Con un movimiento instintivo, levantó la mano libre y agarró el objeto con firmeza. El impacto agrietó el suelo bajo sus pies.

Era un bastón. O mejor dicho, la punta de uno.

Vergil entrecerró los ojos, haciendo girar el arma entre sus dedos mientras su mirada escaneaba la destrucción a su alrededor, buscando a su dueño.

Entonces lo vio.

Una figura de pie sobre las ruinas del Vaticano. El hombre tenía una postura imponente, con los brazos cruzados y una sonrisa confiada, casi arrogante, dibujada en su rostro. Su mirada era aguda, intrépida, y emanaba de él un aura casi divina.

"Lo siento, chico..." La voz del desconocido resonó con absoluta calma, pero con un peso ancestral. "¿Tienes idea de lo que estás a punto de hacer? ¿De verdad quieres iniciar una guerra divina?"

Vergil estudió al hombre por un momento, pero su atención rápidamente se dirigió al bastón que tenía en la mano.

'Uno de los héroes...'

Katharina había hablado de ellos. Guerreros elegidos, protegidos por armas míticas forjadas en la era de los dioses. Pero lo que realmente captó su interés no fue el guerrero...

Era el arma.





'Así que esto es...'

Antes de que pudiera terminar el pensamiento, el bastón se movió solo.

Con voluntad propia, se liberó de su agarre y giró en un arco perfecto de regreso a su amo.

Vergil sonrió, sus ojos brillaban con una mezcla de interés y salvajismo.

"Interesante..." murmuró, pero luego recordó una frase específica de Zafiro.

La voz de su esposa resonó en su mente, clara como una sinfonía demoníaca.

"¡Bajo ninguna circunstancia te dejes derrotar por alguien que empuñe ese maldito bastón falso!"

El recuerdo ensanchó su sonrisa, convirtiéndola en algo aún más demencial. Sus ojos ardían con una sed de batalla casi palpable mientras miraba a su nuevo oponente.

"Portador del Ruyi Jingu Bang... El Héroe que sigue los pasos del Inigualable Sabio de los Cielos." Su voz rebosaba diversión y anticipación, y cada palabra rezumaba una carga depredadora.

El héroe levantó el bastón con un ligero giro, observando a Virgilio con estudiada calma.

—Me alegra saber el objetivo de mi amo. —Su respuesta fue firme, sin ningún signo de reverencia, solo una mirada aguda y decidida.



Virgilio se rió, un sonido agudo lleno de placer sádico.

—Oh, ¿así que me he convertido en el objetivo de alguien tan incomparable como él? —Su voz destilaba provocación, pero... su existencia gritaba en su interior...

Atácalo... Destruýelo... Quítale la vida... Era una voz suavemente destructiva, el caos encarnado...

